

Recordar, compartir, aprender

Madrid

María José Carmona, 61 años

Diego Figaredo Martínez, 20 años

CÓMO PERDIÓ LA VIDA Y CONTINUÓ RESPIRANDO

Ésta es la historia de la mujer que sacrificó su juventud para sobrevivir en un mundo difícil, que superó un cáncer, y cuando ya solo le quedaba una cosa a la que aferrarse para seguir viviendo, le fue arrebatada cruelmente. En tu recuerdo, Manuel González Carmona.

El rostro de una niña. Ocho o nueve años, quizá. Está caminando por una carretera desgastada, de pueblo. A ambos lados de la calzada, hasta donde alcanza la vista, olivos. Y la carreta, polvorienta y sola, avanza desconsolada. Y la niña. Hay poca información de aquella época, la imagen se antoja borrosa. El pelo largo en trenzas, por debajo de los hombros, enmarca un rostro sincero, sonriente. Los pequeños ojos desprenden chispas de vitalidad. Es 1957, y la niña es feliz.

En los ojos de una joven se percibe el dolor desconsolado de quien deja algo atrás para vivir un futuro incierto y poco prometedor. Está esperando. Tiene dos maletas, una a cada lado, de lustroso cuero marrón hinchado por lo que transporta. Un momento, esa cara... es la niña de antes. Ahora tiene 16 años y se va, rumbo a una ciudad desconocida, enorme y peligrosa. Es 1964 y la joven llora, abandona su infancia y sus padres.

Madrid es el escenario principal. En Madrid ocurren las grandes historias, los renglones del pasado se han escrito con el asfalto de sus calles, el bullicio de sus comercios, el sudor de sus habitantes. Aquí encontró la joven, casi niña, casi adulta, sus primeros desencantos, pero también la alegría, la bondad. Digamos que la enseñanza superior era la que ofrecían la calle y el jornal de cada día, gota a gota conseguido. Sin la ayuda inestimable de un hombre de fe, aquella jovencita no habría realizado el bachiller nocturno a la vez que se ganaba el sustento donde buenamente podía. Su aprendizaje fue doble, pues. Una asignatura teórica y práctica de la vida. La segunda le enseñó a aprovechar la primera para escapar de la incertidumbre del trabajador no cualificado, y presentarse a unas oposiciones del Ministerio del Interior.

1974. Como única compañía, libros y manuales. Y horas interminables de estudio, esfuerzo, superación, y puedo conseguirlo y me voy a quedar en blanco y quiero tirar todo a la basura e irme a casa y olvidarme del mundo. Y vuelta, y descanso y otra vez. Se levanta temprano y se acuesta tarde. Sueña con una carretera larga surcada por cientos de olivos y una niña sonriente. Llega el día, hoja en blanco, el bolígrafo recorre el papel, ríos de esfuerzo e ilusiones cubren las respuestas; catapulta hacia un mundo menos difícil. La sonrisa vuelve a la boca de nuestra chica, ha vuelto a superarse.

Los problemas pesan como dos grandes losas de piedra sobre sus hombros. Y la mujer, sí, mujer al fin, respala y mira al cielo esperando encontrar una respuesta. Ya tiene un trabajo fijo, pero nada es sencillo. Quiere ser independiente y se ha comprado un piso. Poco a poco, segundo a segundo, renuncia a muchos placeres de la juventud y se refugia en sí misma, sola, pero segura. Y sola pasa los días y las noches, y sola está saliendo adelante.

Un joven la mira desde el otro lado de la pista de baile. Se acerca, y la invita a dejarse llevar. Ella duda, pero acepta. Y bailan, y ríen y se divierten. Y la mujer sonríe por dentro, y el joven sonríe por fuera...

1987. Estar juntos merece la pena. Un largo vestido blanco finaliza los tres años de noviazgo. Música en la iglesia y buenos trajes. Sonrisas, puros. Una familia que comienza.

Al mes de casada, la vida brota dentro de ella. Nueve meses más tarde nace el pequeño; los colores se vuelven más brillantes, la luz más intensa, los pájaros cantan por la mañana. Una madre que luce orgullosa su



criatura, el fruto de su vientre. Un hijo querido nacido del amor, resarcimiento de la soledad. Soledad de tantos años, sudor y sacrificio. Y a través del pequeño vive de nuevo la infancia perdida. Ya no hay más carreteras, ni olivos, ni niñas sonrientes, ahora estamos a las afueras de Madrid y hay parques, coches, gente y ruido.

Y cuando todo parece ir bien, se tuerce. Cuando los problemas se acaban, llegan otros nuevos, más duros, más violentos, terribles. Hay que atreverse a decir cáncer. Cáncer maligno, que devora por dentro a la madre, a la mujer, a la joven y a la niña. Cáncer de mama que no destroza la vida de nadie porque su vida está a salvo, a su lado, mirando con ojos incrédulos y alarmados el pelo que se cae, el dolor que aparece y la enfermedad que asoma. Su vida va todos los días al colegio y vuelve para comer, y entonces ella tiene que hacer un esfuerzo –otro más, ya no importa- para que su vida no tema. La mastectomía, la radio y la quimioterapia contienen la enfermedad, y las aguas vuelven a su cauce.

Y viajan. Conocen cada río de España, cada monte y cada carretera. Toman pizza en la terraza al pie del mar y Manuel, el pequeño, comenta: “vivimos como reyes”. Era cierto. El colegio, los amigos, el parque, la adolescencia. Y la madre sonríe, plena, viva. Cómo explicar la felicidad de la niña, de la joven, de la mujer que dejó su casa, sus padres, y luchó y luchó para poder tener una vida mejor.

Cómo explicar... que han matado a Manuel. Dos vidas cercenadas a golpe de navaja en un solo cuerpo. Apenas le dejaron disfrutar de sus 17 años. Un día salió al parque con los amigos y no volvió más. Cuando comenzaba a ser consciente de que era dueño de su futuro, alguien se lo arrebató. Por un trago de agua en una fuente, por una pelea estúpida de quien necesita amedrentar a los demás para sentirse mejor. El 2 de mayo de 2005, María José, su madre, dejó de vivir para respirar su recuerdo.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Aunque la respuesta ya aparece impresa en sus ojos expertos en derramar lágrimas, debo hacerle la pregunta. ¿Qué merece la pena de la vida, María José?

Ella me mira, intrigada. “Lo que merece la pena...” –piensa.

Sobre sus hombros abatidos descansa una de las peores cargas que un ser humano pueda soportar: el asesinato de su hijo, Manuel, por el que ella vivía. Sin embargo, María José es fuerte. Sabe que nunca lo aceptará: su vida ha estado plagada de privaciones y esfuerzos desde su más tierna juventud. Incluso ha superado un cáncer de mama.

Todo, exclusivamente todo lo que ha conseguido ha sido por sus propios medios, luchando, sufriendo y entregando parte de su juventud en pos de una estabilidad económica que le permitiera vivir “tan bien como he vivido”.

Entonces, ¿por qué? A todas luces la vida no ha sido honrada con María José. Manu le devolvió su propia infancia entre los infinitos campos de olivos. “Él fue como una estrella fugaz que me dio la ilusión de vivir”.

Su hijo le abrió las puertas a un nuevo horizonte, la soñada recompensa de aquel que se sacrifica. Un día le fueron cerradas de golpe y nadie le dio ninguna explicación. Todos los sueños de una persona se evaporaron por completo. Levantarse cada día después de no haber dormido en toda la noche y ver su cama vacía. Que a la hora de comer nadie entre alborotando por la puerta. Y sobre todo, ver a sus amigos crecer y hacerse mayores.

Vivir esto cada día no es de personas. Es de héroes. Y aún me sorprendo de su respuesta. ¿Qué merece la pena de la vida? “Tener un hijo, sin duda”.